

INSTITUTO DE EXTENSION

DE ARTES PLASTICAS

Carlos Ossandón Guzmán

A L V A R O

C A S A N O V A

Alvarova Z

14

COLECCION ARTISTAS CHILENOS

Facultad de Bellas Artes

UNIVERSIDAD DE CHILE



El pintor Alvaro Casanova Zenteno

**INSTITUTO DE EXTENSION
DE ARTES PLASTICAS**

COLECCION ARTISTAS CHILENOS

14

C A S A N O V A

Facultad de Bellas Artes
UNIVERSIDAD DE CHILE

I N D I C E

El pintor Alvaro Casanova Zenteno	9
La obra	24
Primera época	29
Segunda época	30
Tercera época	31
Cuarta época	32
Cronología biográfica	35

EL PINTOR ALVARO CASANOVA ZENTENO

por Carlos Ossandón Guzmán

TODO ensayo sobre un pintor, por somero o insubstantial que sea, oscila entre dos polos: el pintor y su obra. En estas páginas me inclino al primero, considerando que la obra está y estará siempre a la vista de quien desee estudiarla y analizarla. En cambio, los datos biográficos y anecdóticos del pintor se perderán cuando desaparezcan quienes lo conocieran, salvo que alguien los retenga. Yo puedo hacerlo gracias a mi amistad con los hijos de Casanova y al hecho de haberlo conocido personalmente.

Por otra parte, la obra artística es algo tan sutil, brota de tan misteriosos gérmenes ¿cómo puede la vida no influir en ella? Todas las cosas se relacionan entre sí, sin la exactitud de la ley de Newton, pero en alguna forma. Una corbata puede revelar un temperamento.

Quizás hasta los nombres expanden efluvios insospechados. No deja de ser extraño que en el Diccionario Bénézit figuren doce pintores con el apellido Casanova.

En el siglo XVII llegó a Chile, desde Italia, don Antonio de Casanova, con caudales suficientes para adquirir una de las chacras que rodeaban Santiago. Esta tenía frente a la Cañada desde el convento de San Francisco hasta la calle de San Diego. Con el correr de los años fue parcelada y perforada por calles.

A mediados del siglo XIX le queda a la familia Casanova sólo la casa patriarcal (hoy Arturo Prat N° 166), donde viven don Rafael Casanova y su mujer doña Adelina Zenteno, y donde ve la luz primera, el 27 de noviembre de 1857, nuestro héroe, bautizado en la parroquia de San Isidro con el nombre de Alvaro.

En el pacífico ambiente familiar —varios hijos y varios tíos— las voces suben de tono cuando doña Adelina evoca las glorias marítimas de Chile. Es hija de José Ignacio Zenteno y sus palabras se precipitan hablando de un tema tan apasionante.

Alvarito escucha con avidez cien veces de que Zenteno, Ministro de Guerra y Marina de don Bernardo O'Higgins, fue el verdadero creador de las famosas "cuatro tablas" que remacharon la independencia de la América española. "El Padre de nuestra Marina" lo llaman los almirantes que visitan la casa.

Alvarito dibuja barcos y más barcos, guiándose por los libros y documentos del abuelo. También fabrica barquitos de madera que pretenden ser el navío San Martín, la fragata Lautaro, la corbeta Chacabuco o el bergantín Araucano. Don Rafael no podía oponer a su mujer aventuras de gloria nacional, pero hacía valer las del célebre

abate del siglo XVIII, italiano como su antepasado, con historia fascinante.

Los religiosos de San Francisco que frecuentan el hogar, pronostican al niño un gran porvenir como dibujante. Le hablan de sus abuelos Casanova, amigos y benefactores del convento, que descansan en las bóvedas de su iglesia: en el segundo pilastrón de la nave sur está la lápida sepulcral.

Alvaro inicia sus estudios en el cercano Instituto Nacional, pero habiendo sido nombrado su padre Juez en Valparaíso, entra al Colegio Mac-Kay, que cuenta con espléndidos profesores. Las clases de dibujo las hace nada menos que Tomás Sommerscales. Luego le trasladan al Liceo de Valparaíso y después a los Padres Franceses.

Al terminar sus estudios humanísticos, toma dos empleos, uno en la Biblioteca, que satisface su inclinación a los estudios de historia y otro en el Regimiento de Artillería.

Al declararse la guerra con Perú y Bolivia es nombrado Director del Fuerte Andes, con el grado de capitán, elevado posteriormente al de teniente coronel, en premio a su inteligente labor.

Cuando llega a Valparaíso la noticia del combate de Iquique, Sommerscales hace un gran dibujo de Arturo Prat lanzándose al abordaje, que es exhibido en una vidriera del comercio.

Alvaro se dirige al autor:

—“¿Por qué no le pone color, maestro?”

—“Yo prefiero el dibujo en blanco y negro”.

—“Hagámoslo entre los dos”.

Esa noche, ambos trabajan con lápices de colores y a la mañana siguiente el cuadro se expone bellamente trans-

formado. Desde entonces nace la amistad entre el maestro inglés y su antiguo alumno.

Para celebrar la captura del Huáscar se organiza una velada en el Teatro Municipal de Santiago, en honor de Juan José Latorre. Casanova, en dos días de arrebató, pinta un gran telón que muestra el combate de Angamos en el momento culminante. Antes de que empiece la función se levanta el telón de boca y al fondo del proscenio, a todo foro, aparece el cuadro de Casanova. La multitud se conmueve y, tras unos segundos de muda expectación, se pone de pie y prorrumpe en frenéticos aplausos. El pintor, oculto detrás del telón, siente que sus ojos se humedecen. Es su primera marina con tema histórico. Se había fijado su destino.

En 1881, Casanova Zenteno es nombrado *attaché* militar a nuestra Legación en Francia. Va a Tolón, donde existe un famoso arsenal náutico, y en él se extasia y estudia. Después se dirige a Perigueux, sede de una Escuela Agrícola, porque deberá abandonar la carrera militar y hacerse cargo del fundo Santa Fe, que su padre posee en Molina. De la profesión de pintor nadie se acuerda.

Los primeros pasos de Alvaro en Perigueux son hacia el Museo, donde descubre una sala con reproducciones de barcos antiguos. En el rincón de una vitrina se guarda un modelo de navío del siglo XVII, fabricado en rico material, pero que está hecho una miseria, rotos los cordeles y estoyes, desarmados el aparejo y la arboladura, los vientos y el velamen. Más parece un enjambre de desperdicios que un barco. Casanova, sin pensar dos veces, propone al Conservador del Museo que le permita efectuar la restauración. La respuesta es desilusionante: —“Muchos la han intentado. Me parece tarea casi imposible,

porque habría que restaurar toda la obra muerta y el mascarón de proa y esos curiosos adornos, que irían en la popa y, además, saber cómo colocar cada cosa. ¿Dónde está el técnico capaz de hacer este milagro?"

—“Yo”, dijo Casanova. Ambos sonrieron. El chileno aseguró con desplante: —“Le prometo dejar este barco tal como estaba el día en que su fabricante lo terminó”. Su oferta fue aceptada. El riesgo no era demasiado grande: un montón de cosas despedazadas podría cambiar de forma sin alteración de su valor. Tres meses trabajó Casanova con frenesí.

Al ver el Director del Museo aquel barco resucitado, felicitó efusivamente a nuestro joven y le preguntó por el valor de tan magnífico trabajo. —“El valor de mi trabajo, señor, es el placer que he experimentado. Nada más”, y acariciando con amor su obra: —“El barquito está listo para combatir en el Mediterráneo bajo el pabellón flordelisado de Luis XIV en el pique de la vela cangreja”. El Director le agradeció con una carta que conserva la familia.

Después de varias décadas, Casanova construyó en Santiago un barco del siglo XVII, armado de 34 cañones de bronce (fundidos por nuestro artista) casi una réplica del de Perigueux. (Actualmente en el Museo Histórico de la calle Miraflores).

Terminados los estudios agrícolas se instaló en París, en el Hotel du Louvre, dedicándose a visitar museos, a indagar en los archivos marítimos, a ver lo que se daba en los teatros, a convivir con artistas. Se hizo gran amigo del actor Casteleaux, secretario de Sara Bernhardt.

Prosiguió una era de viajes que podría parangonarse —por lo menos en cuanto al movimiento de traslado—

con la del célebre aventurero del siglo XVIII, Juan Jacobo Casanova: Londres, Liverpool, los puertos del mar Adriático y el Mediterráneo, el Cairo, Alejandría, Argel, Nápoles, Génova, Montecarlo, Niza, Madrid, Lisboa. . .

Y en todas partes lo mismo: contemplación de la belleza en los museos, escarbar en los archivos náuticos; dibujar y pintar esbozos.

Estudió la navegación en forma autodidáctica, pero profunda, y para ello se introdujo en la astronomía y en la cartografía.

Por su carácter alegre y comunicativo se hacía de amigos, especialmente marinos de veleros (que eran los que más le atraían), y pronto tenemos a Casanova manejando el sextante, determinando la latitud, charlando sobre los secretos de la navegación.

En el Loira, los castillos le fascinan. Los dibuja desde diversos ángulos y se embebe de feudalismo, de nobleza. Nuestro artista es un caballero andante lleno de ardor.

De vuelta a Chile, lo primero, Sommerscales. A su lado se dedica al óleo, a las marinas. Al verlas el Presidente Santa María lo introduce en el Consejo de Bellas Artes, donde traba amistad con Pedro Lira, Onofre Jarpa y Juan de Dios Vargas Iñiguez.

En 1886 viene a Chile Sara Bernhardt. Después de la temporada santiaguina se dirige a Talca. Casanova administra el fundo de Molina. La compañía francesa lo visita antes del estreno de *La Dama de las Camelias*. El amigo Casteleaux, que es fanático por la caza, va por los remansos del río Claro tras las garzas reales. Sara es obsequiada con un enorme manojó de "aigrettes". La actriz exclama, blandiéndolo con alborozo:

—“¡Oh, Dios mío! Qué fortuna valdría este manojó

en París!" Pero la excursión dejó a Cateleaux completamente afónico. Sara, que viaja con el personal justo, se muestra afligida. El enfermo hace inhalaciones de eucaliptus, bien arropado. Todos los remedios caseros resultan inútiles.

De súbito Sara se da un golpe en la frente y, dirigiéndose a Casanova, le dice:

—“¡Alvarito de mi alma, salvadnos! ¡Haced el Gastón!”

—“¿Yo? . . . titubea el requerido. “¿Cómo podría?”

—“Estáis bien en el tipo y habláis el francés de París. Lo demás corre de mi cuenta. No os saltaré”.

Y Casanova recibió la más maravillosa lección de arte dramático. A la mañana siguiente, tempranísimo, ensayo del movimiento escénico en el tablado del teatro.

En la noche la sociedad de Talca aplaudió a los comediantes franceses sin sospechar que el amigo del célebre Armando Duval, ese señor de francés tan cerrado y de facha tan parisina, era un campesino de la localidad, más chileno que el pan.

Una mañana vio salir del Sagrario de Santiago a una muchacha alta, pálida, con los párpados románticamente caídos, irradiadora de bondad y distinción. Repentinamente se enamora de Cecilia, hija de don Nemesio Vicuña Mackenna, dueño de un fundo en Pirque, donde empiezan a propagarse con éxito las cepas de vid que Alvaro trajera de Francia. Se casaron el 14 de septiembre de 1889. Los bendijo el Arzobispo Mariano Casanova, tío del novio. Don Rafael, el padre, es Ministro de Justicia y Presidente de la Suprema.

Balmaceda nombra a Alvaro Subsecretario de Marina.

Cae en sus manos la organización de los regimientos de costa.

Al estallar la Revolución, corre a Valparaíso, para impedir el embarque. Son horas de atroz vigilia. Hubo que dar la orden de hundir el acorazado Blanco Encalada.

El día de los asaltos a los hogares balmacedistas, no se salva el de los Casanova, Alameda esquina de Castro. Los muebles son lanzados a la calle desde el segundo piso; las telas son rajadas sin mirarlas; con chuzos pican el parquet y los techos. Los Casanova se refugian en el Palacio Arzobispal.

Dos o tres días antes de aquel trágico 18 de septiembre, Alvaro logra entrar a la Legación de Argentina, asilo del Presidente caído. Este le habla tiernamente; Alvaro percibe la emoción de una despedida. Balmaceda le regala una manta con los colores de la Patria a rayas y un revólver. Desgraciadamente guardaba otro revólver.

Dos años transcurren. El balmacedismo empieza a dar señales de vida. En una iglesia se efectúan reuniones clandestinas con civiles disfrazados de sacerdotes. Alvaro asiste y, violento e imprudente, grita por las calles. El nuevo Gobierno lo destierra a Puerto Montt por cinco años (1893).

Se va con el mayor número posible de cartones, pinceles y tubos de pintura. En Puerto Montt comienza realmente la fecunda labor pictórica de Casanova Zenteno.

Pinta motivos de costa, barcos de Angelmó, pescadores recogiendo sus redes, secando el velamen o asiéndose a la boya; busca los amaneceres y los últimos rayos del sol, los reflejos y los efectos de contraluz. Se construye una goleta de dos mástiles y seis camarotes, y en ella recorre los canales o sale a alta mar. Desde esta goleta, que el

llama “mi taller flotante Cruz del Sur”, pinta la transparencia de las aguas tranquilas, que reflejan el bosque verde del estuario del Reloncaví y las blancas cumbres; las correntosas marejadas del canal de Chacao y las sobrecogedoras tormentas del Golfo Corcovado y la Boca del Huafo. Se le ve en medio del huracanado vendaval, dar voces de mando, con su caja de pintura amarrada al cabrestante, la paleta en una mano y el pincel en la otra. Carlos Silva Cruz ha escrito: “Más de una mancha del maestro Casanova está salpicada de agua salada”.

Vuelve al hogar, donde Cecilia lo espera intranquila, cargado de telas, que envía a la casa Kirsinger para su venta.

En 1894, el volcán Calbuco lanza una lluvia de ceniza, que obscurece a Puerto Montt en pleno día. Alarmados los amigos del artista, obtienen el permiso del Presidente Errázuriz para que él vuelva a la capital. La “Cruz del Sur” queda en manos de un yugoeslavo, que la lleva al Estrecho de Magallanes, donde va a zozobrar a causa de un temporal o por la nostalgia del conductor artista.

La familia ha tenido que vender el fundo Santa Fe para reparar la casa de Alameda esquina de Castro y resistir los quebrantos causados por la Revolución.

La prole de Alvaro crece; su mujer le ha dado seis hijos.

El Presidente Riesco se acuerda de Alvaro y lo reincorpora en la Subsecretaría de Marina, a la cual renuncia cuando Montt rechaza su proyecto de modernizar el acorazado Prat en los astilleros de Tolón.

Don Pedro Montt le acepta la dimisión, pero lo nombra Subsecretario de Justicia. Conservará este puesto hasta la segunda administración de Alessandri, sirviendo a

once Presidentes, para jubilar con más de cincuenta años de funcionario público.

Simultáneamente desempeña cargos en la Municipalidad y en el Consejo de Bellas Artes. El primero le permite embellecer los parques, especialmente el Forestal, y salvar monumentos. Con soplete hace sacar de la estatua de O'Higgins la costra deformadora que habían depositado sucesivas capas de pintura. Aprovecha el segundo puesto para impulsar las artes. Gestiona pensiones en Europa para Simón y Juan Francisco González, Valenzuela Puelma, Agustín Araya, Thompson, Plaza, Arias, Concha; obtiene de sus amigos Pepe Vila, Montero, Zapata, Ansaldo y otros empresarios extranjeros, la admisión de jóvenes chilenos. Mucho le deben Pedro Navia, Arturo Bührlé, Evaristo Lillo, etc.

Forma cuadros líricos, coros y orquestas, con maestros como Bolsini, Ciradelli, Contrucci, Penna o su buena amiga Adelina Padovani de Farren; o con aficionados, tales como Teresa Cazotte, Elena Fernández, Daniel Amenábar.

Interviene en la construcción del Partenón de la Quinta Normal y del Palacio de Bellas Artes.

Consigue premios para certámenes artísticos.

Es miembro de la Junta de Vigilancia del Conservatorio de Música y profesor de dibujo en el Liceo de Niñas N° 3. Sus méritos le hacen subir a Presidente del Consejo de Bellas Artes y de la Sociedad Nacional.

Los días libres o festivos, los dedica a pintar. También en las tardes y hasta de noche. Cuesta que abandone los pinceles y se siente a la mesa.

Su hogar es alegre, feliz. Los niños son los reyes; juegan con los colores del papá. El empapelado del dormitorio

de Mariano y Juan está tan cubierto de monos, que Don Alvaro y doña Cecilia lo hacen cambiar. Ahora el cuarto luce un papel marfileño. Los hijos lo hallan, de inmediato, magnífico para dibujar. Traen carboncillo, se reparten hermanablemente las paredes, y los cuatro comienzan con el Incandescente, Don Juan Luis, Rasputín, Lutero y siguen con Calvino, Richelieux, Felipe II, León XIII y con muchos veleros llenando todo, desde el suelo al techo. Doña Cecilia, cuando ve aquel estropicio, llama a Don Alvaro y amenaza furiosa con la escuela de pilotines.

Don Alvaro, siempre tranquilo, se instala en el centro del cuarto del crimen.

—“¿Quién hizo esta cabeza?”

—“Yo, papá”, —balbucea tiritando Manuelito.

—“Tiene carácter. Tiene volumen. Está bien”.

—“¡Pero, Alvaro por Dios!” —exclama doña Cecilia. “En el papel puesto ayer...”

—“Aguarda. Veamos esta caricatura. Hay humor, hay intención... Está bien colocado el bauprés en aquel velero”. Recoge un carboncillo y corrige por aquí y por allá.

—“Alvaro es el menor de mis hijos”. —refunfuña doña Cecilia y sale tomándose la cabeza a dos manos. Al cerrar la puerta, aparece un trozo sin dibujos.

—“Este es mío”, —dice don Alvaro, y pinta un combate naval. Los hijos se suben a los muebles y llenan todo hueco disponible. Son más de tres horas de trabajo. Terminada la alegre decoración, Alvaro dijo:

—“Para que Cecilia nos perdone, vamos a tocarle los ballets del Fausto”.

Mientras él pinta canturreando, especialmente trozos de la Bohème o el *potpourri* de Rigoletto hecho por un tal

Tavan, sus hijos Alfonso y Manuel tocan instrumentos de cuerda y su hija Magdalena —una de las discípulas predilectas de Bindo Paoli— el piano; Mariano, los timbales fabricados por don Alvaro (hoy de la banda del Regimiento Cazadores, donde los toca un músico de a caballo). Juan dirige el grupo.

Siempre se agregan amigos. La lista sería muy larga. Citemos al cantor Jorge Balmaceda; en el piano a Javier Renjifo, Acario Cotapos, Celerino Pereira, Soro, Leng, Bisquert; con violines el arquitecto Landorf, el doctor Torres Boonen, Carlos Silva Cruz; Darío Zañartu (clarinete); el crítico “Lohengrín”, Santiago Cruz (flauta); Julio Reyes (pistón o el instrumento que haga falta). Don Alvaro se incorpora con la tuba, gritando :—“¡Tavan! ¡Tavan!”, e impone su *potpourri*.

—“¡Alvarito, qué bien has cantado Rigoletto!”

—“¡Es que se lo vi, en Madrid, a Gayarre!”

Interpretan, además de las óperas italianas, las obras románticas y clásicas que adora el exigente Paolí. A veces, trozos compuestos allí mismo por los contertulios, maestros o aficionados, o por sus hijos. Hay minuetos de Alfonso, “valeses tristes” de Magdalena, sinfonías y óperas de Juan.

Se interrumpe la música para declamar poesías célebres o creaciones dramáticas y cómicas de Alfonso o Mariano.

Don Alvaro, que es el alma que atrae y a todos une, discute sobre cualquier tema artístico, mientras enseña una tela recién pintada o ejecuta, encaramado en una escalera, la decoración “Galeones españoles en combate con ingleses y holandeses en el Mediterráneo”. (Hoy en el Club de la Fuerza Aérea.

Los artistas plásticos son representados por el “gaba-cho” Laroche, Onofre Jarpa, Ramón Subercaseaux, Eucarpio Espinoza, Plaza Ferrand, Agustín Undurraga, Enrique Swinburn, Fossa, Arias, Córdoba. Todos son asiduos y amigos entrañables de nuestro biografiado. Permutan las telas que tal vez el profano desprecie, pero el artista sabe que son las mejores, las “de pintor”.

Vargas Iñiquez regala a don Alvaro diez o doce cuadros encantadores, dignos del que fuera su maestro, el gran Corot; Jarpa, apuntes de Europa, y así los demás.

Carlos Silva Cruz ha dejado escrito, refiriéndose al hogar de Casanova: “centro de atracción, abierto a todas horas para un círculo selecto —aristocracia del talento, de la gracia, del buen decir y del arte—, con mucho de Club y no poco de Academia —en el sentido griego de la expresión— y donde se entraba *sans cérémonie* y se permanecía *sans gêne*, sin exhibir otra ejecutoria que la inteligencia y el buen gusto, excluidos inexorablemente, por selección natural, sin necesidad de estatutos, lo tonto y lo grosero”.

Recordemos la construcción de barcos. Los fabrica pequeños, que llama “juguetes”. Actúa solo: es arquitecto naval, carpintero de ribera, escultor, tallador, decorador, fundidor. Se guía por grabados. De esa manera llega a conocer las carabelas y los veleros al revés y al derecho, y podía dibujar las embarcaciones antiguas, como si las tuviera delante, como si pintara del natural. Esos pequeños veleros, algunos hasta de tres metros, eran perfectos y, dándoles el rumbo, navegaban tan rápidos, que era harto difícil alcanzarlos para traerlos al redil. Construyó barcos mayores que echó a la laguna del Parque Forestal o a la del Fundo “Lo Aguila” y organizó regatas

y fundó el “Club Náutico de Santiago”. Sus goletas salían a alta mar. Una viajó varias veces a las islas de Juan Fernández. Serán unos veinte sus grandes veleros y unos treinta los que llamaba “juguetes”.

En la laguna del fundo de su suegro en Pirque, efectuó un simulacro del Combate de Iquique a las 8,30 de la mañana de un 21 de mayo. Había hecho dos buques, que caminaban con remeros escondidos en sus vientres. Empezó el combate en medio del humo de los cañones (paja y alquitrán). Al primer espolonazo, se parte el Huáscar y en su cubierta ño Vargas vestido de Prat, pelea con Grau (ño Céspedes). Los marineros se trenzan a combo limpio. Varios mirones, enardecidos, se tiran al agua y suben al monitor, el que se hunde por el peso, y sus remeros casi se ahogan.

Artista múltiple —pensemos en su sangre italiana, renacentista— ilustra libros de Bulnes y Silva Palma; escribe folletos sobre la construcción de barcos, la pesca y la industria conservera; organiza zarzuelas y operetas; crea escenografías; decora en los muros del teatro Olimpo (hoy Santiago); esculpe frisos, talla muebles, confecciona joyeros forrados en terciopelo y levanta castillos feudales en los fundos de algunos amigos, el pequeño del Parque Forestal y el grande, digno del Loira, en Zapallar, defendido por un cañón que don Alvaro dispara diariamente a las doce meridiano, sirviendo de reloj a los veraneantes. Se asegura que nunca dio la hora con más de veinte minutos de atraso. Es un verdadero castillo con rampa, foso, puente levadizo, cisterna, manzarda y grandes torres con troneras y veletas. En la fachada, un relieve de San Jorge y un escudo, cuyos emblemas vienen de perillas a nuestro castellano: el león rampante, la flor

de lis y la cimera con enorme penacho. En las paredes del recibimiento del homenaje —el *living*— cuatro motivos heráldicos, y en el comedor, una enorme tela “combate de un galeón español y un corsario”, magnífico ejemplar decorativo de su época pictórica más brillante.

Don Alvaro poseía la modestia y la altivez de verdadero señor. Venga una prueba. Es llamado por un Ministro de Justicia, su superior, para hablar sobre las colonias penales.

El Ministro lo recibe con los pies sobre el escritorio.

—“¿Qué me dice, Alvaro?”

—“Un momento, señor Ministro”, —se acomoda en la silla y coloca sus pies sobre el escritorio.

Después de un rato, el Ministro baja un pie, disimuladamente. Casanova hace lo mismo. Más adelante, fingiendo una risotada, el señor Ministro baja el otro pie.



Casanova, al bordear los sesenta años, es, un hombre de mediana estatura, delgado, con aspecto débil a pesar de su excelente salud; sus ojos son claros y, según él decir de sus hijos, “verdes en las mañanas y en las tardes, color caramelo”. Siempre viste de gris o de azul. En Zapallar no usa vestimenta de playa. En Molina, nada de mantas ni prendas de huaso.



En 1938 sufrió la parálisis del costado derecho. Conservando el ánimo vivo, empezó a dibujar con la mano izquierda. Tenía esperanza de poder pintar como antes,

pero la enfermedad fue en aumento. Jarpa, ya nonagenario, iba a acompañarlo todas las tardes, y cada vez más triste al ver que su amigo desmejoraba. Una vez le trajo una tela, diciéndole: —“Te regalo este cuadrito que es el que más quiero, por ser obra y recuerdo de mi amado profesor Calderini”. Es un paisaje de lomas y arbustos.

El 21 de mayo de 1939 fue el último día en que pudo dibujar. Entonces exclamó ante sus hijos: —“He acabado, me muero. No lloren. No borren esas manchas en el espejo, para verlas hasta el fin. Las hizo con sus manitos sucias uno de mis nietos”.

Falleció el día 25, a los 82 años de edad.

Jarpa conmovido abrazó a los hijos diciéndoles con voz alegre: —“Ahora es un ser que conoce la gran felicidad. Traigan flores. Cubrámoslo con flores. . . con muchas flores”.

L A O B R A

La vida de Casanova Zenteno giró alrededor del mar, en el mar, sobre el mar.

Fué, pues, ante todo, un marinista, el cantor épico de las glorias navales de nuestra Armada.

Familiarizado con los problemas del color y de la luz en las aguas, halló su expresión propia después de un largo período de preparación, guiado por el maestro supremo: el natural.

No se contenta con pintar desde la costa o desde un bote; suele meterse en un columpio —canasto especial, que amarra a la punta del batallón del bauprés, ese palo que sale 7 u 8 metros del barco hacia adelante. El balanceo lo sube y baja, a veces hasta mojarlo o ponerlo en

serio peligro, porque no sabe nadar. Desde aquel columpio arranca al mar sus secretos; a la ola, su manera de romperse contra la quilla; al navío, su andar. Allí se siente más libre que nunca, sin más preocupaciones —ni siquiera de comer— que las exclusivamente pictóricas.

Una tela preparada en fondo blanco, para obtener la máxima transparencia; su paleta, con los colores claros o altos a la derecha y los oscuros o bajos hacia la izquierda, “como las teclas del piano”: blanco de zinc, amarillo brillante y cadmio claro, sienas natural y quemada, sombras natural y quemada, rojo de cadmio, lacas dorada y mader, verde viridian, azules ultramar y cobalto. Jamás un negro. Decía: —“El negro no existe en la naturaleza. La luz siempre da color”. Algunos pensaban que una pisca de negro es la pimienta en un guiso. Casanova era inflexible y categórico: “Nada de negro. Yo jamás lo usaré. Traíganme un objeto negro y mirémoslo. . .”

Pintaba primeramente las embarcaciones, con todos sus detalles. Algunos días después —el óleo ya seco— el cielo, en entonación clara; en seguida el mar, también claro. Era “la preparación”. Días después ponía en las aguas sus azules, violetas y verdes. Y concluía el cielo. Después hacía “caer el cielo”, es decir, sus colores sobre el mar, mano de pintura que llamaba “la tapa del mar”. Podía trabajar de memoria en el taller, tanto llegó a dominar los elementos de sus cuadros con el estudio directamente de la naturaleza y gracias a su fantástica retentiva visual.

Ya tenemos el cuadro organizado, casi concluido. Falta influirle alma, como Jehová a su Adán de barro.

Las mezclas están en la paleta, nacidas de la inspiración del momento; las esparce febrilmente con el pincel

al compás de alguna canción. No retoca, no insiste. El conjunto se armoniza, se ilumina, se engalana. Esas manchas tocan también los cascos, los velámenes, las banderas. Poseen delicadas variaciones: en un cuadro de tres buques con el tricolor chileno, los colores son diferentes en cada una de las banderas, etéreas diferencias que establecen las distancias desde el sitio de la visión y otorgan belleza plástica.

En resumen: color a base de entonaciones claras, transparentes y brillantes; armonía a base de semejanzas, no de contrastes; amplitud de pincelada, a lo Sorolla.

El pintor resuelve problemas del oficio, pero al mismo tiempo se preocupa de sugerir en los espectadores el fervor patriótico, uniendo las diferentes sensibilidades. Y lo logra. Y es el secreto de Casanova.

Un día, en Zapallar, me expresó su amor por los colores claros: —“Amigo Carlos, aclare su paleta. Pinte al aire libre. Después puede meterse en el taller”.

Nada más apartado de la fotografía que su obra. Sin embargo compartió el error, corriente en los pintores del siglo XIX, de tenerla por buena guía. En otra conversación zapallarina me dijo que el lente había demostrado la falsedad del galope en los caballos de Velázquez. No supe debatirle; algo aduje sobre la vida de los caballos velazqueños, la que falta en los pintores guiados por la fotografía. Claro que era soslayar el tema: Velázquez habría dado vida en cualquiera postura. Hoy se sabe que la equivocada es la vista fotográfica, que paraliza el movimiento, detiene los rayos de la rueda y es capaz de mostrarnos en suspenso hasta una bala.

Estas consideraciones muestran el talento pictórico de Casanova, quien, admirando la fotografía y suponiendo

seguirla, se apartaba de ella. Los verdaderos artistas creen copiar la naturaleza pero en realidad nos la dan según ellos la ven, y afortunadamente la ven de un modo diferente a los demás mortales.

Las obras de Casanova se impusieron al público chileno y después al extranjero. Su primera exposición en Buenos Aires, (1922), produjo tal entusiasmo que un solo comprador, don Enrique Crotto, se apresuró en adquirirla íntegra para repartirla en los aposentos de las casas suya y de sus hijos. De más o menos mil telas del maestro, existen unas doscientas en Argentina y unas cien repartidas en Uruguay, Brasil, Estados Unidos, Alemania, España, Inglaterra y Francia. Algunas, solicitadas por los Gobiernos y Legaciones. El Kaiser condecoró a Casanova con el Aguila Roja.

En cuanto a sus temas, su creación puede clasificarse así: a) Hechos navales de la historia universal: Lepanto, Trafalgar, Jutlantia, las Malvinas, Santa María, Juan Fernández, Las Azores, Lissa, etc.

b) Historias de navegantes célebres: Vasco de Gama en el Cabo de Buena Esperanza, Balboa en el Pacífico, Colón en el Océano, Magallanes en el Estrecho, Díaz de Solís en el Mar del Plata, etc.

c) Glorias navales de Chile: Capturas de la fragata Perla (1817), del bergantín San Miguel (1818), de la María Isabel, del Potrillo, de la Esmeralda; bombardeo y bloqueo del Callao; la Expedición Libertadora; los combates de Abtao, Casma, Papudo, Iquique, Punta Gruesa, Angamos; el Huáscar apresado; la Escuadra del 79; La Yelcho salvando a Shakleton, etc.

d) Paisajes marinos chilenos: de Chiloé, Calbuco, La Quiriquina, Lebu, Algelmó, Talcahuano, Valparaíso, Juan

Fernández, Zapallar, San Antonio, los canales del Sur, el Golfo de Penas, etc.

e) Paisajes marinos europeos: de Venecia y de varios puertos del Mediterráneo, del Adriático, del canal de la Mancha, etc.

f) Escenas marítimas: contestando el saludo, capeando el temporal, remolcando, viento en popa, viento a un largo, viento en contra, al paio, cruzando la niebla, garreando, a la deriva, mal tiempo, mar gruesa, mar boa, temporal deshecho, reparando, en facha, horzando, el saludo del muerto, rizando las velas, velamen de respeto, corriendo el temporal, etc.

g) Cuadros fantásticos, imaginarios, que él llamaba “asuntos soñados”: el Caleuche, el Buque Fantasma, el Cazador Holandés, la Ciudad de los Césares, etc.

Es un sueño utópico el que significaría la reunión en una galería pública, de las creaciones recordatorias de nuestras glorias navales. El amor del artista por nuestra Armada se apoderaría del público, recordando que los hechos históricos de nuestra gloriosa marina de guerra no tienen acaso en la historia moderna otro parangón que con los de la armada británica.

Fue imposible para Casanova evitar la repetición de sus temas, ya sea por la importancia histórica de ellos, ya por solicitaciones inesquivables. Pero, no hizo “réplicas”. Trató de buscar formas diferentes. El combate de Iquique visto desde tierra o desde alta mar, las naves de frente o de costado, separadas o juntas, antes de la pelea o en el momento del abordaje. La duración del combate de Casma la aprovechó para pintarlo a plena luz o al anochecer, con nubes altas o bajas, con olas grandes o pequeñas.

La catalogación anterior es de atractivo histórico o náutico; más interesante, clasificar las “maneras”. Tenemos cuatro épocas, cuyas fechas son, naturalmente, aproximadas, porque el período que muere siempre comprende obras que anuncian el porvenir y el que nace, obras que memoran el pasado.

PRIMERA EPOCA.

Anterior a 1891. Casanova imita a Sommerscales.

El colorido es gris cálido, algo oscuro; dominan la precisión y la minuciosidad de detalles que persigue Sommerscales. El maestro halla campo propicio en el discípulo que ha fabricado bajeles y estudiado en los astilleros, cuyos conocimientos en galeras egipcias, griegas, turcas, juncos chinos, carabelas, veleros y “dreadnoughts”, son fantásticos, reconocidos y aplaudidos por técnicos nacionales y extranjeros. Conoce la arquitectura náutica y la historia naval. Telas de Casanova de esta época han sido vendidas como de Sommerscales.

Casanova no recibió clases de Sommerscales, sino sólo consejos y la ocasión de pintar juntos; de la misma manera debemos considerar sus relaciones de juventud con Jarpa y su breve pasar por el taller de Ortega.

Un ejemplar de esta época es el “Combate Naval de Iquique”, existente en la Sala Arturo Prat del Club de la Unión, Santiago, en donde vemos un mar en calma, profundo, espeso; un cielo amarillento; minuciosidad del dibujo, realismo vigoroso y un conjunto grisáceo, sin contrastes, sin variaciones policromas.

SEGUNDA EPOCA.

1891-1903. Se aparta de Sommerscales en el color (buscando los más claros y fuertes), en la espontaneidad del trazo y en la manera de encuadrar y componer. Sommerscales es siempre panorámico, los buques ocupan reducido espacio en relación con el cielo y el mar. Casanova es más concentrado, más cerrado, amarrando las escenas del combate con las nubes y con el sol. A veces los barcos quedan cortados por el marco. Quizás menos sólido que el maestro inglés, menos fino, pero más luminoso, más decorativo. Sus mares, aunque menos profundos, más agitados y transparentes. Todavía le debe mucho al gran marinista inglés, pero estamos lejos del servilismo imitativo.

En los temas también hay diferencias: Sommerscales hizo muchos y espléndidos paisajes del campo y la cordillera, asuntos que Casanova no abordó; en cuestiones navales Sommerscales se limitó, salvo contadas excepciones, a la guerra del 79. No hizo batallas de corsarios ni de acorazados modernos.

De esta época son el cuadro de propiedad del Museo de Bellas Artes, hoy en la Moneda, con el que obtuvo el Premio de Honor en el Salón de 1896 y los dos del Club de la Unión, en el hall central. En uno de los salones vecinos, en este club, hay una marina con veleros de Sommerscales que sirve para hacer la comparación: ambos pintores se parecen mucho, evidentemente, pero no es posible confundirlos si los miramos con detenimiento. Sommerscales sobresale por la majestuosa serenidad colorística; Casanova acusa ardor en el uso de las tintas co-

loreadas y de los blancos, y sus aguas y velas no tienen la solidez de volumen que hallamos en Sommerscales; son más livianas y delgadas.

TERCERA EPOCA.

(1903-1929). El colorido es más intenso, los azules más oscuros, los violetas y verdes están más a la vista, la pincelada es más amplia, más arrastrada, más fogosa y sobre los empastes sólidos, colores transparentes con bastante aguarrás. El óleo casi parece esmalte. Podría llamarse la “época esmaltada”. Es la más original, propia y representativa del pintor. El relato que antes hemos hecho de su modo de pintar se refiere a esta época.

Veamos el cuadro decorativo del comedor de Zapallar “Combate de un galeón español con un corsario”. El primero enarbola la bandera de franjas amarillas y el pirata, la pavorosa. Ambas banderas se incorporan en la decoración general. Entre los barcos hay una superficie de más de un metro cuadrado en donde no se distingue nada, tal es la confusión de humo, espuma y nubes. Los buques ocupan casi toda la tela, apareciendo el corsario sólo en parte. El mar, agitado como los combatientes; el cielo, de un azul fuerte. Todo aparece pleno de luz, de movimiento, de belicosidad. Hay un bello acorde entre los colores naranjas del galeón corsario, la gran bandera española, el calor del humo y las crestas amoratadas del mar.

En varias telas nos dejó el combate de Casma, por el cual sentía especial admiración. Las naves chilenas habían sido rodeadas por las enemigas y por barcos corsarios.

Uno de sus cuadros de esta época contiene los barcos a contraluz, en las últimas horas de la tarde. Algo deja la impresión de que la batalla ha sido larguísima, que los barcos están cansados, muy cerca unos de otros, y que se avecina el desenlace.

“Atravesando el Estrecho de Magallanes” es una amplia tela en que se ve un vapor moderno navegando majestuosamente por aguas frías. Al fondo, los acantilados y las cumbres nevadas, ni muy cerca ni muy lejos, produciéndose admirablemente la impresión de estrecho y de vasto, de frío y de soledad, la soledad que dejará el barco cuando abandone este escenario.

Podemos terminar la tercera época con los cuatro grandes lienzos que le valieron el Premio de Honor en la Exposición de Sevilla (1929), actualmente en el Museo Histórico de Santiago.

CUARTA EPOCA.

(1929-1939) El pintor se ha alejado de sus estudios del natural, impedido por lo avanzado de su edad. Como lo hiciera Antuco Schmidt, se limita a buscar las formas en pequeños dibujos al lápiz, que atraviesa con una flecha indicadora de la dirección de la luz. (Papeles de 10 por 10 centímetros).

En los agrandamientos en el taller se nota demasiado el abandono del natural y si los buques no merecerían reparo alguno a los técnicos navales, en cuanto a color podemos hallar abuso del blanco y menor acierto en los acordes de los trazos rojos o naranjas, los que son algo emparentados con Ziem. La ejecución carece de la varie-

dad que da la observación directa, aunque siempre hay confianza, seguridad de ejecutante y pincelada vigorosa y rápida, inclinándose hacia un impresionismo que el pintor nunca había sentido. Las obras parecen irreales, envueltas en el misterio. En algunas llega a gran altura en armonías claras, tan felices como tal vez nunca las había conseguido, empapadas de luz, de atmósfera; don Alvaro, pese a la senectud, se ríe de las dificultades, es ardiente como un muchacho; su pincel caracolea a lo Juan Francisco González. Estas obras se llenan de poesía.

Pinta una gouache de regulares dimensiones, que representa un buque corsario disparando; bello juego de colores clarísimos, de blancos sobre blancos; el mar, un espejo de luz; todo es húmedo y se funde, desaparecen las formas netas. Decía: —“Puedo deshacer, porque sé hacer”. Fray Pedro Subercaseaux, otro cantor de glorias nacionales, diez o quince años después de muerto Casanova, al ver por primera vez esta gouache se hincó en el suelo, exclamando: —“Esto merece aplaudirse de rodillas”.

Además Casanova nos dejó bellas acuarelas y sanguíneas; frescos murales en modalidad renacentista; decoraciones con temas del blasón o la caballería andante, motivos wagnerianos o al estilo de Doré y algunos retratos copiados de daguerrotipos, cosas, estas últimas, que no firmó porque las consideraba indignas de su paleta. —“Sólo firmo los asuntos de mi especialidad”, decía—, comprendiendo que cada artista tiene temas que interpreta bien y otros que le son inalcanzables; porque no basta para el nacimiento de la obra artística, el genio creador; son necesarios el oficio, la experiencia, casi podría decir-

se las “recetas”, que vienen de la práctica en determinados motivos, materias o procedimientos, de acuerdo a las facilidades naturales de un pincel.

A Casanova hay que buscarlo sólo en las marinas, como a Valenzuela Puelma en la figura y a Valenzuela Llanos en los paisajes. Los grandes artistas no tienen la obligación de darnos todo lo que existe; basta que eleven nuestro espíritu en cualquiera forma o que sean capaces de maravillarnos hasta hacernos caer de rodillas.

CRONOLOGIA BIOGRAFICA

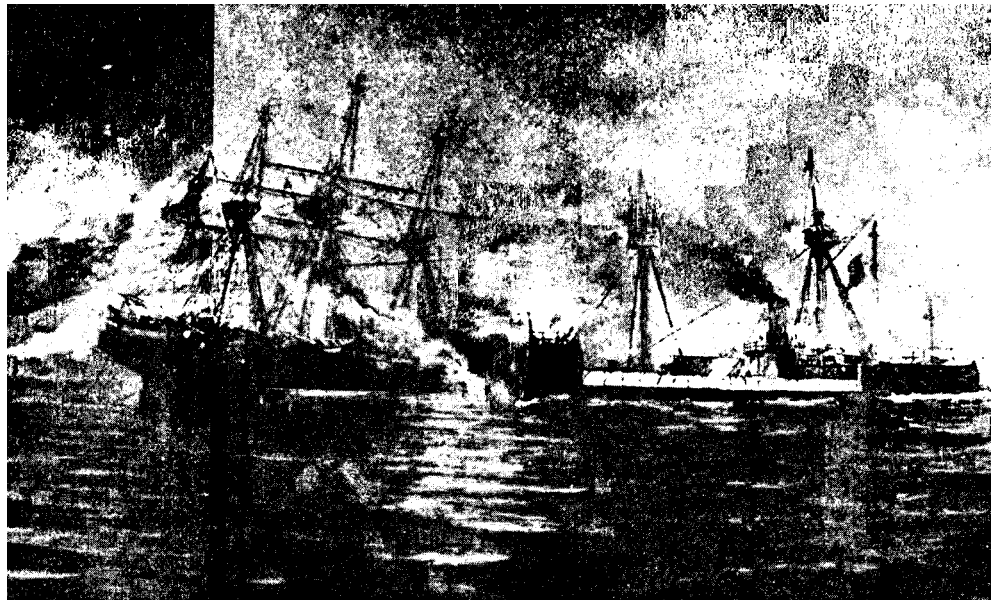
1857. Nace en Santiago el 27 de noviembre. Hijo de don Rafael Casanova y Casanova y de doña Adelina Zenteno Gana. Su afición al mar la demostró desde muy niño, copiando los barcos del archivo de su abuelo don José Ignacio Zenteno. Sus primeras clases de dibujo naval fueron con el maestro inglés don Tomás Sommerscales.
1874. Se incorpora al Regimiento Cívico de Artillería de Valparaíso.
1879. Con el grado de capitán fue nombrado Comandante del Fuerte "Andes" de Valparaíso.
1879. Se inicia en la pintura de marinas con una alegoría sobre "La Captura del Huáscar", la que fue ejecutada para un telón del Teatro Municipal y exhibida en el festejo a los marinos triunfantes.
1880. Se retira del Comando del Fuerte "Andes" con el grado de Coronel de Artillería. Este mismo año viaja a Europa a estudiar pintura, arquitectura naval y archivos y museos náuticos.
1885. Hace viajes en veleros por el Mediterráneo, tomando apuntes del natural y estudiando la navegación de alta mar por astronomía.
1886. Regresa a Chile. Ese mismo año actuó con Sarah Bernhardt en una obra de Alejandro Dumas.
1886. Reinicia sus clases con Sommerscales y exhibe en las casas de arte Kirsinger, Hume, etc., de Santiago y Valparaíso, marinas históricas y asuntos marinos captados en sus viajes.
1887. Es nombrado Subsecretario de Marina por el Presidente don José Manuel Balmaceda.
1888. Se casa en Santiago el 14 de septiembre con doña Cecilia Vicuña Subercaseaux.
1891. Acompaña al Presidente Balmaceda, en la Moneda, hasta su decisión de irse a la Legación Argentina.
1893. Es relegado a Puerto Montt por el gobierno de don Jorge Montt. Allí construye su goleta "La Cruz del Sur" y continúa pintando el mar del natural.

1894. Envía una obra al Salón Nacional y obtiene Medalla de Plata.
1895. De regreso en Santiago, exhibe unas treinta telas en la “Casa Patricio Aldunate”. Es su primera exposición de conjunto.
1896. Envía al Salón Nacional su óleo “COMBATE NAVAL DE CASMA” y obtiene Medalla de Oro y PREMIO DE HONOR del Salón. La tela fue adquirida por el Museo Nacional. Actualmente se encuentra en el Palacio de la Moneda. Es nombrado Miembro del Consejo de Bellas Artes.
1903. Obtiene el premio de pintura del “Certamen Edwards”.
1904. Deja el puesto municipal y es nombrado Subsecretario de Marina, por el Presidente don Germán Riesco. Por esta época consiguió, con el Presidente Riesco, la firma del Decreto que autorizaba la construcción del Palacio y Escuela de Bellas Artes que debía inaugurarse en el Centenario de nuestra Independencia.
1908. Obtiene el premio de pintura del “Certamen Maturana”.
1909. Se construye la goleta “Alejandro Selkirk”, para el Servicio Marítimo de Prisiones, en los Astilleros Bohrens de Valdivia, por planos de él y del arquitecto naval don Juan Blurton.
1910. Obtiene el Premio Centenario, en la exposición extraordinaria, organizada en este aniversario patrio, con su cuadro “COMBATE NAVAL DE LISSA”.
1912. La Galería Nacional de Berlín, adquiere por intermedio del Excelentísimo Ministro señor Bodman, un óleo de Casanova Zenteno: “MAGALLANES EN EL PACIFICO”.
1914. Funda la “Academia Musical de Chile” con el doctor Daniel Aménabar Ossa y los maestros Federico Stoeber y Javier Rengifo.
1920. Primer Premio y Medalla de Oro en el Concurso y Exposición Internacional en el Cuarto Centenario de Magallanes. Adquiere este óleo: “MAGALLANES EN EL ESTRECHO”, la I. Municipalidad de Punta Arenas.

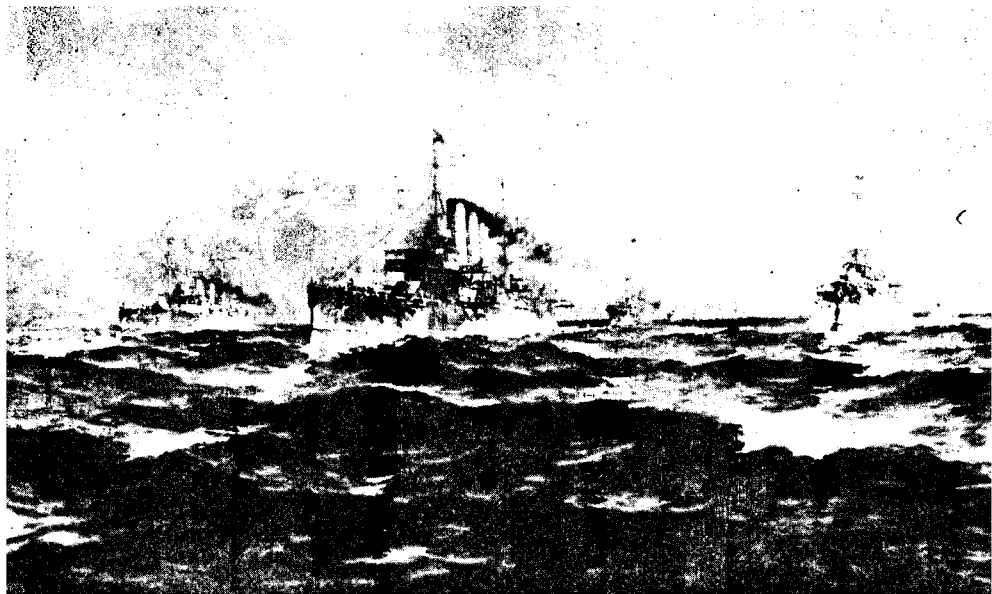
1922. Exhibe en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires una interesante exposición de cincuenta telas con motivos históricos navales mundiales y argentinos. Todas estas telas fueron vendidas en Buenos Aires. El Museo Nacional Argentino adquirió "LA CHACABUCO Y EL BLANCO EN ALTA MAR".
1927. Segunda Exposición en Buenos Aires. Treinta telas con igual éxito que la anterior. El distinguido político argentino don Horacio Oyararte adquiere once óleos importantes. Obsequia a la Embajada de Chile, "BALANDRAS CHILOTAS" (Atardecer en Quetalmahue) y la gran tela "LAS NAVES DE DIAZ DE SOLIS EN EL MAR DEL PLATA", a la Intendencia Municipal de Buenos Aires. El Jockey Club adquirió, en esta exposición, "NAVIOS DEL SIGLO XVII EN EL MEDITERRANEO".
1929. Exhibe en la Exposición Internacional de Sevilla y obtiene el Premio de Honor y Medalla de Oro, donada por el Rey Alfonso XIII. Estas telas fueron adquiridas por el Gobierno de Chile y se exhiben actualmente en el Museo Histórico Nacional.
1933. Jubiló de la administración pública con cerca de sesenta años de servicios.
1935. Hace su última exposición, con gran éxito, en la Sala de Arte del Banco de Chile.
1937. A mediados de este año pinta sus últimas telas: "COLON EN PLENA TRAVESIA". "MAGALLANES SALIENDO AL PACIFICO" y "RECUERDOS DEL MEDITERRANEO" (inconcluso).
1939. Fallece el 25 de mayo. El Congreso Nacional rinde un sentido homenaje a su memoria.

REPRODUCCIONES

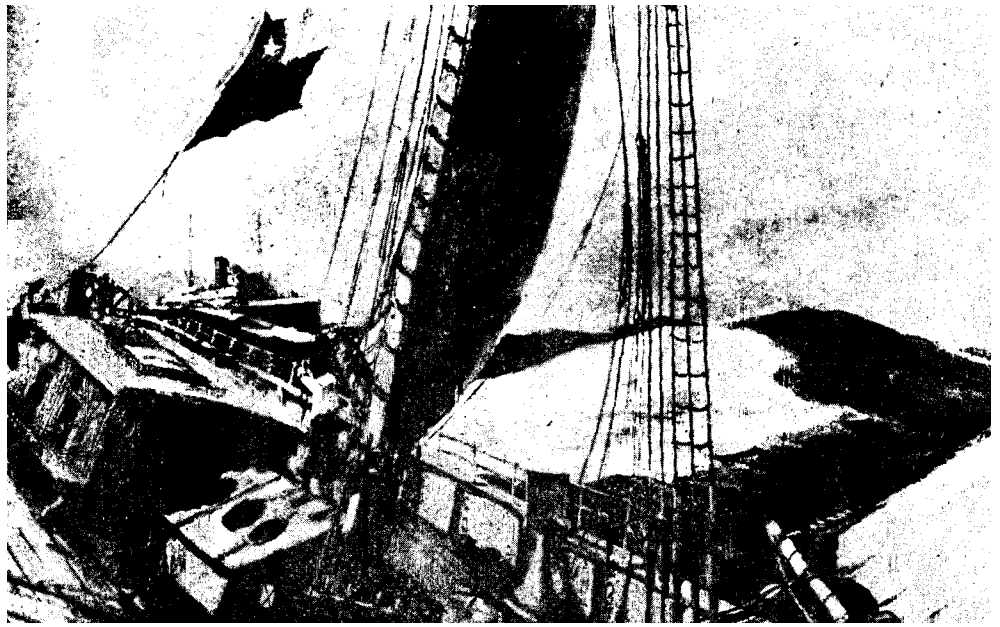
**Combate de Iquique (1902), 2,20 x 1,40 mts.
Propiedad del Club de la Unión**



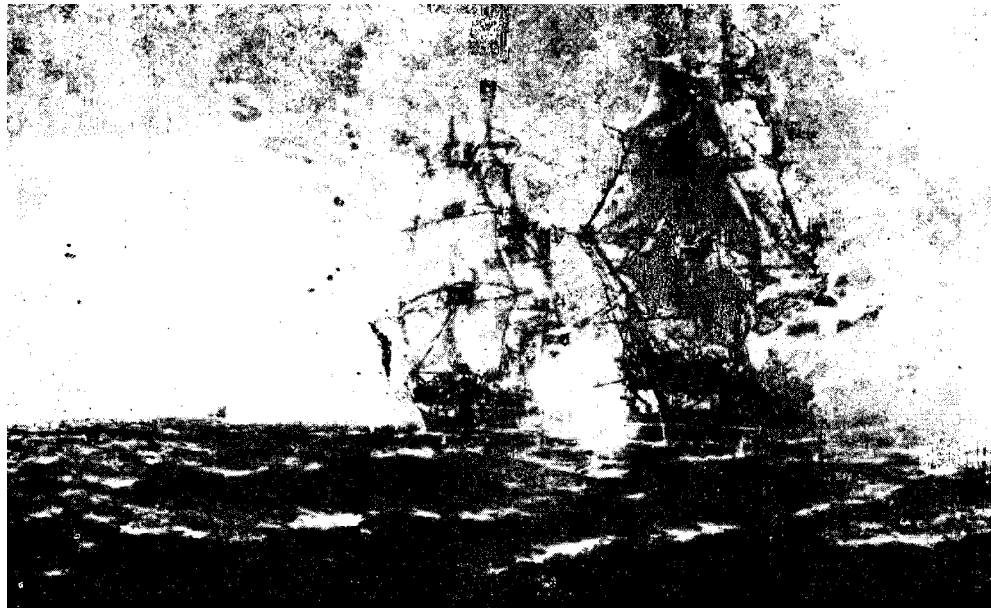
**La escuadra chilena en formación de revista (1906), 2,10 x 1,40 mts.
Propiedad del Club de la Unión.**



Contestando el saludo (1909), 1 x 0,65 mts.
Propiedad Sr. Enrique Moletto.



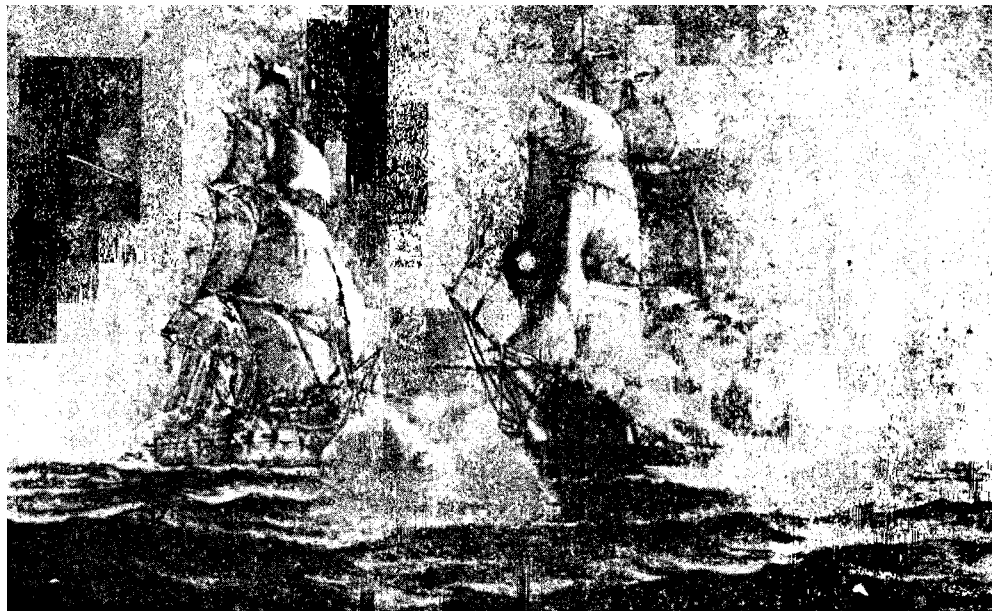
Combate de Curaumilla (1912), 0,93 x 0,56 mts.
Propiedad del Club de la Unión.



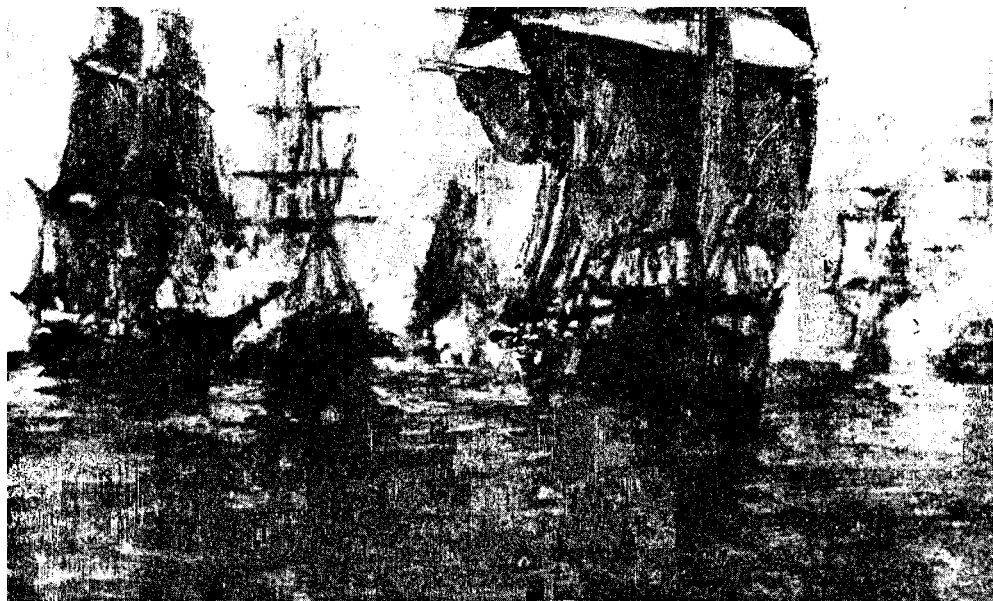
Abandonado (1912), 0,21 x 0,12 mts.
Propiedad Sr. René Prieto.



Combate de la Lautaro (1915), 0,79 x 0,61 mts.
Propiedad Sr. Jorge Vidal de la Fuente.



**Final del combate de Casma (1915), 0,55 x 0,45 mts.
Propiedad Sr. René Prieto.**



**Viento en popa (1916), 0,61 x 0,40 mts.
Propiedad Sr. Jorge Vidal de la Fuente.**



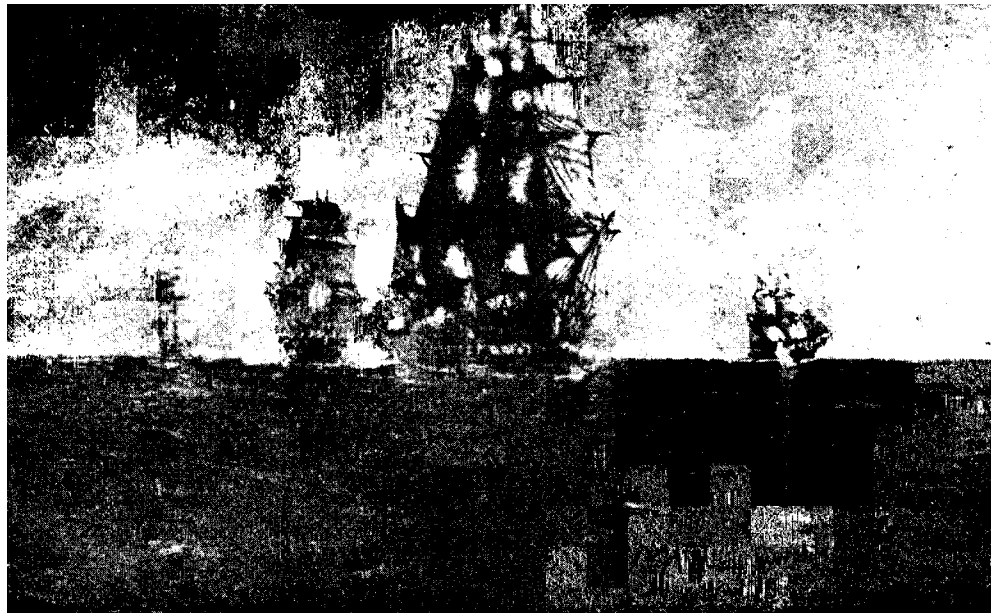
Pasando el estrecho de Magallanes (1918), 1,69 x 0,98 mts.
Propiedad Sr. Jorge Vidal de la Fuente.



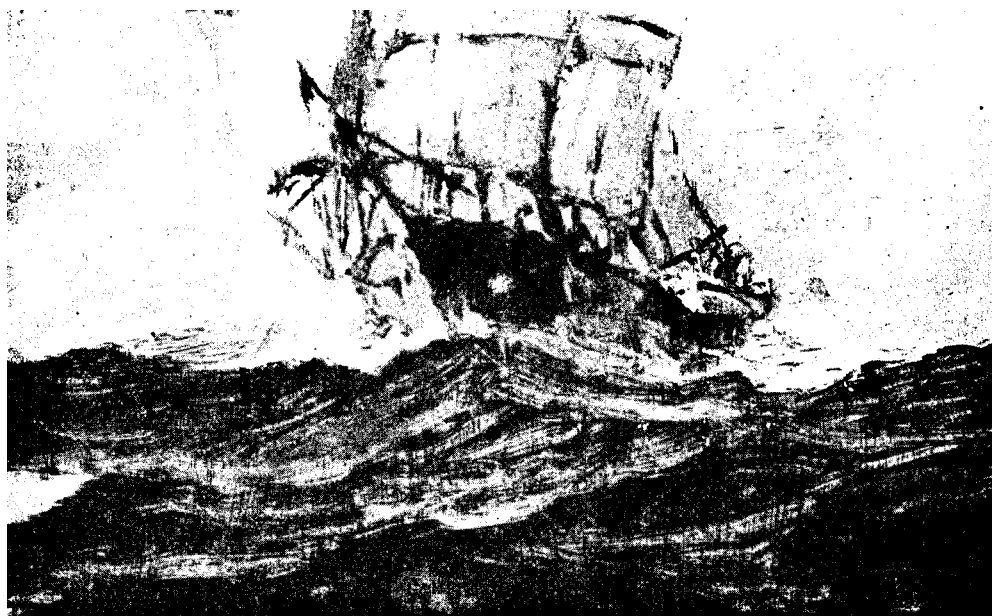
Capeando el temporal (1918), 0,21 x 0,14 mts.
Propiedad Sr. René Prieto.



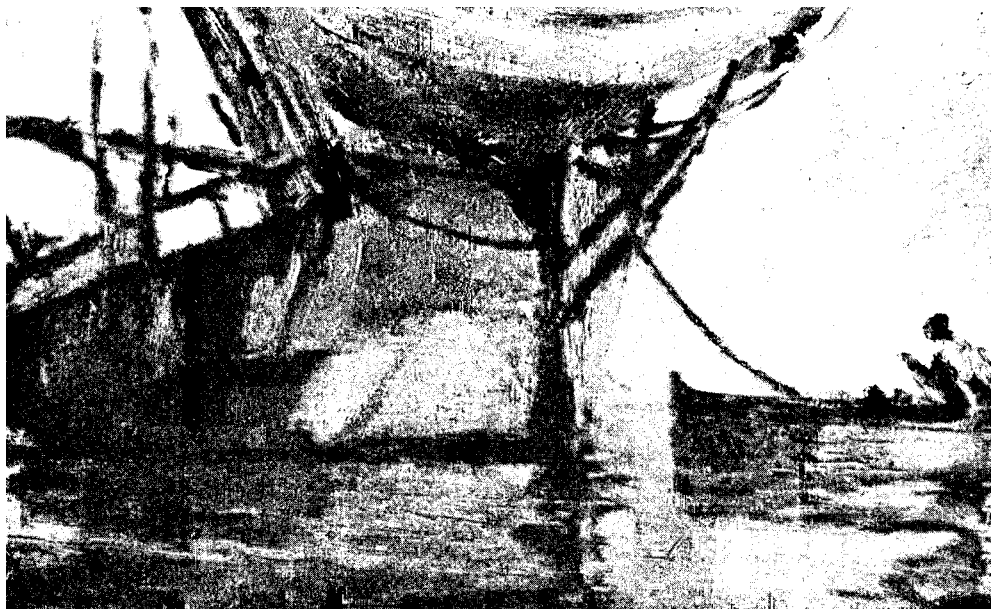
**La primera escuadra nacional (1920), 1,65 x 0,98 mts.
Propiedad Sr. Jorge Vidal de la Fuente.**



**En alta mar (1924), 0,40 x 0,30 mts.
Propiedad Sr. Doctor Santiago Calderón.**



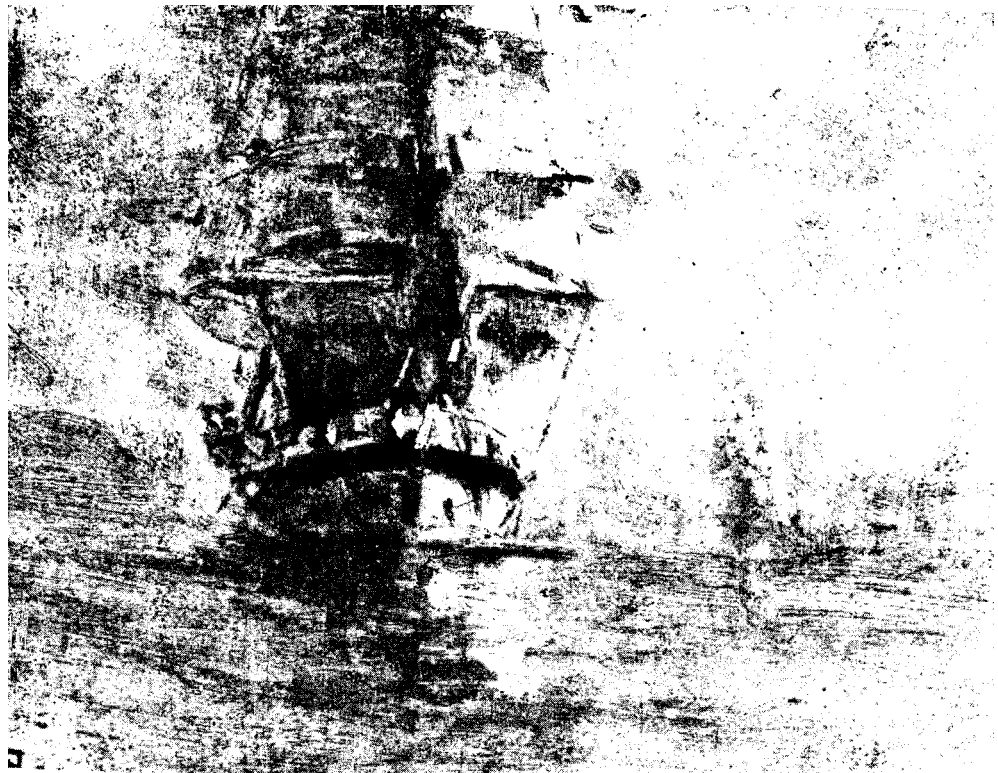
Regreso de la pesca (1924), 0,36 x 0,23 mts.
Propiedad Sr. Doctor Santiago Calderón.



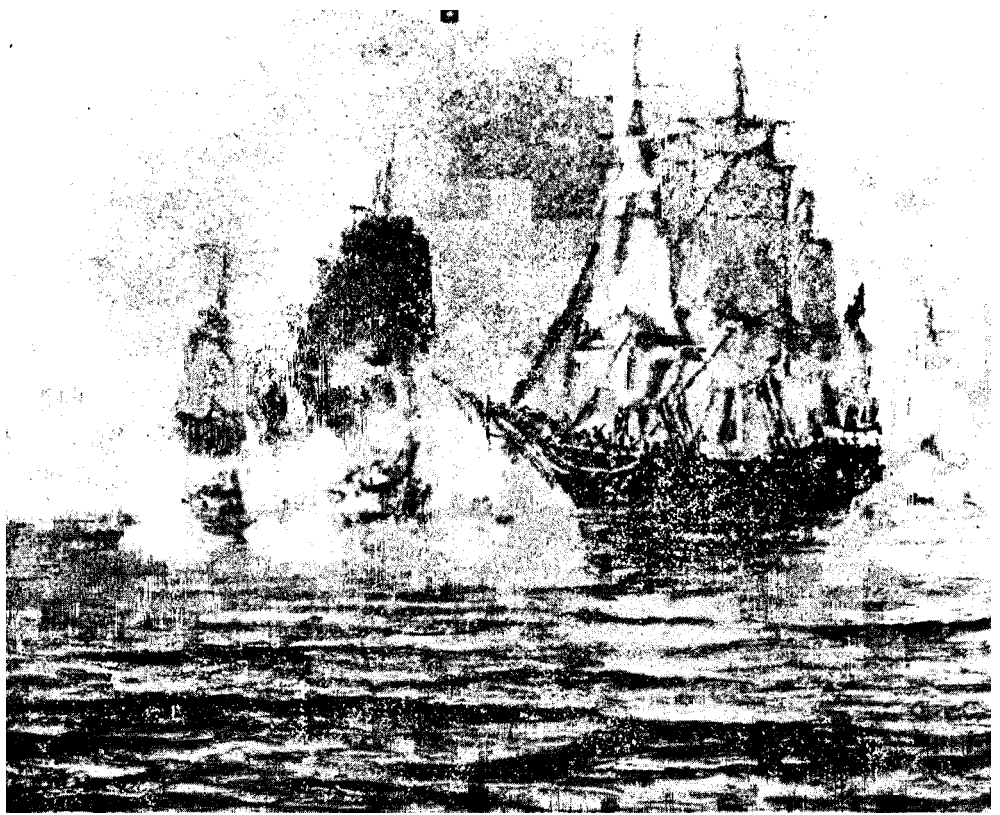
El Caleuche (1924), 1,20 x 0,90 mts.
Propiedad Sr. Enrique Zañartu E.



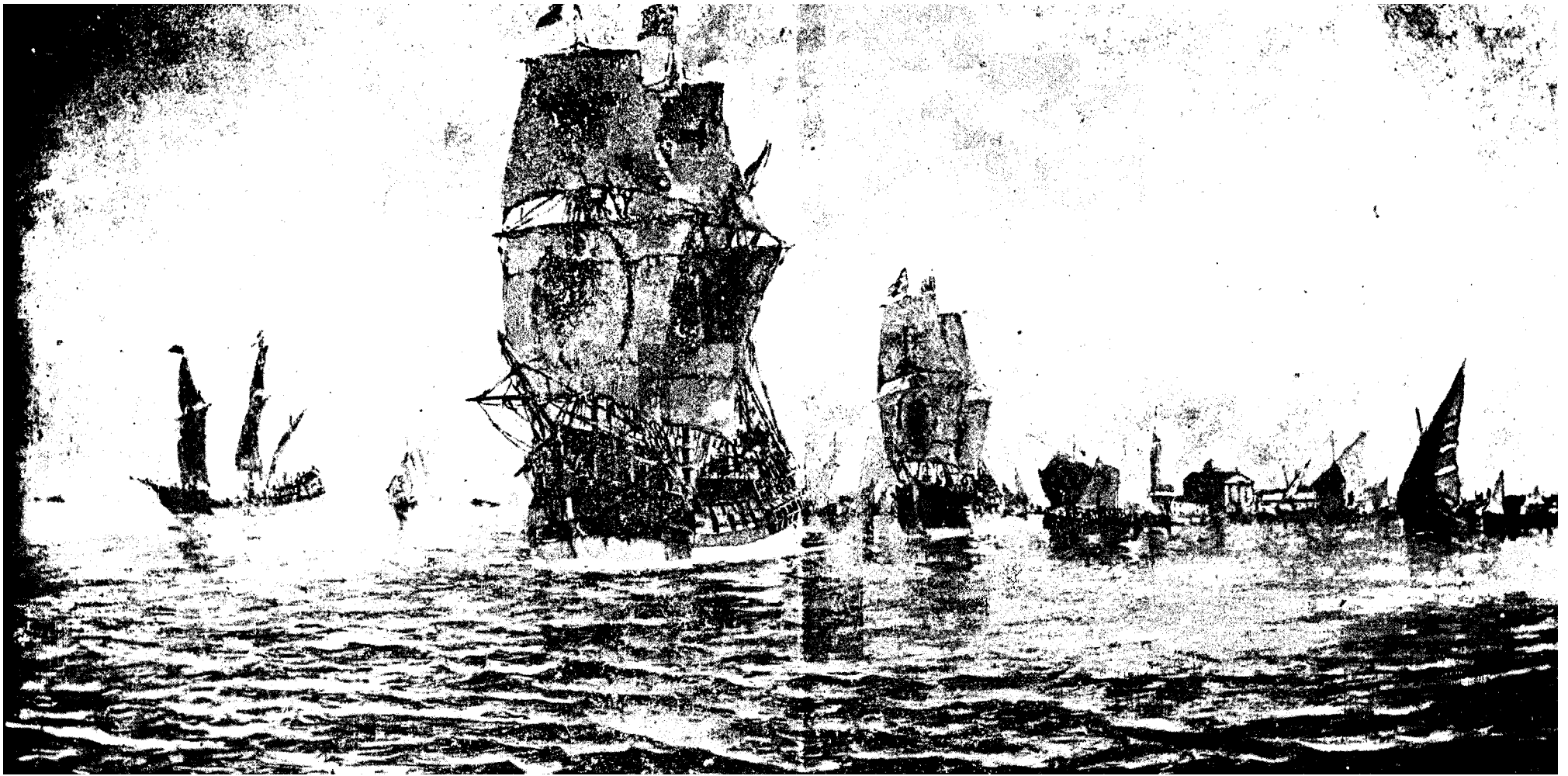
Esperando viento para partir (1927), 0,26 x 0,20 mts.
Propiedad Sr. Enrique Moletto.



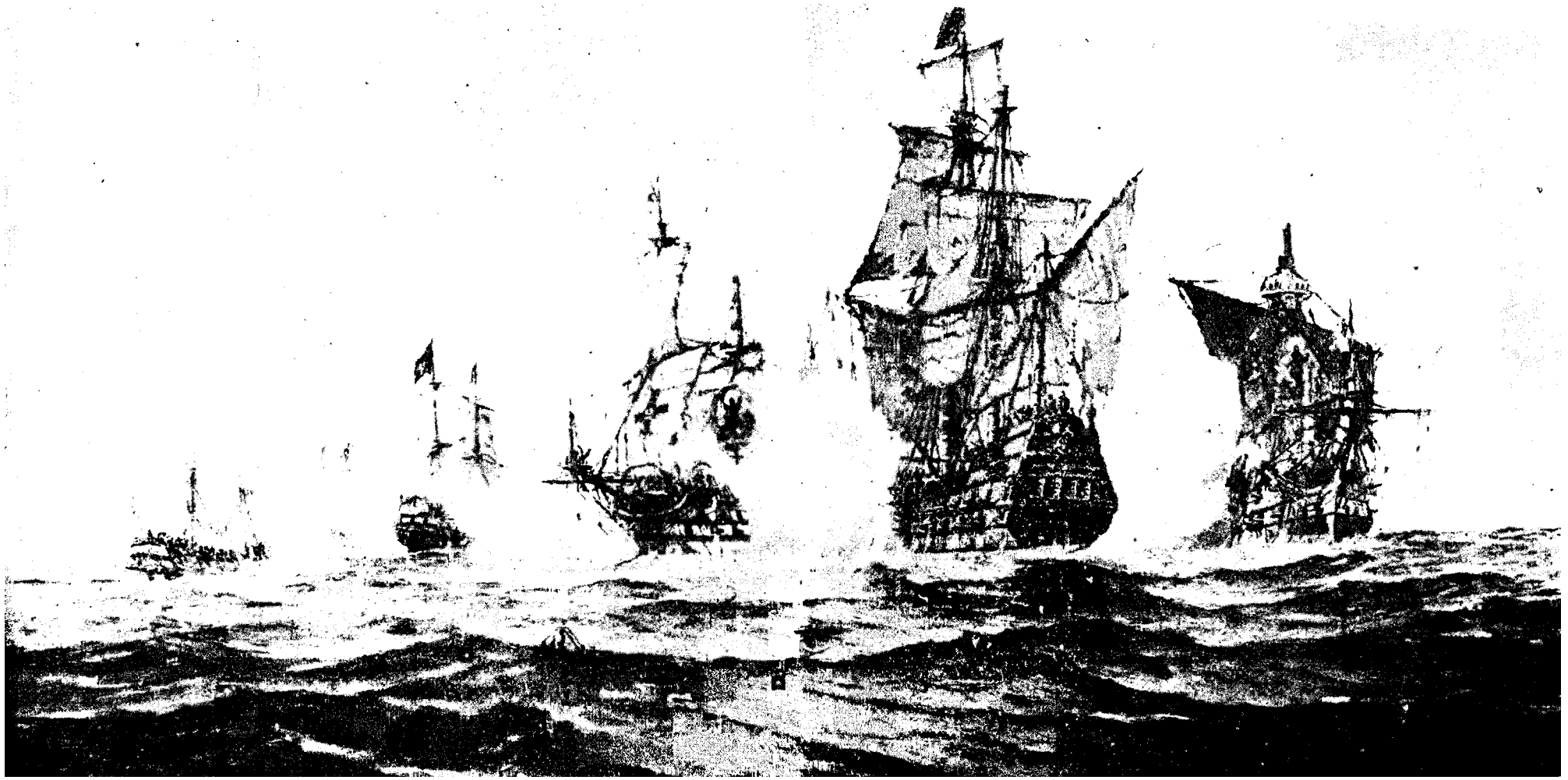
**Combate de Casma (1928), 0,60 x 0,50 mts.
Propiedad Sr. Jorge Vidal de la Fuente.**



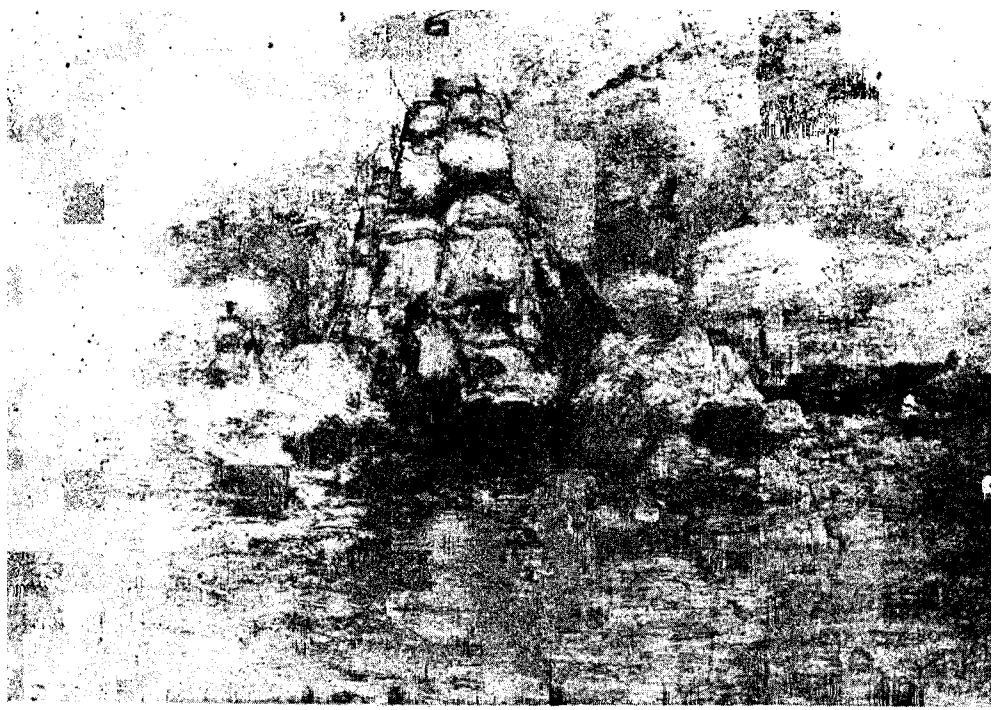
El gran canal de Venecia, en el siglo XVI (1930), 1,67 x 1,04 mts.
Propiedad Sr. René Prieto.



Combate de las Azores (1933), 1,72 x 0,81 mts.
Propiedad Sr. Doctor Santiago Calderón.



Atacando los fuertes, *témpera* (1933), 0,39 x 0,25 mts.
Propiedad Sr. René Prieto.



Recuerdos del Mediterráneo (1937), 1,94 x 1,02 mts.
Propiedad Sr. René Prieto.

